

jer está loca, y lo mejor será llevar á cima el pensamiento de mi padre. En una casa de reclusion podrá destinársele una habitacion aislada, y suministrando nosotros los gastos la cuidarán bien.

—¡Pobre mujer! Siendo así no es tan criminal como parecia. Todo lo que hizo contra nosotros era obra de su demencia.

—Así parece; pero me sorprende la maestria con que logró fascinarnos.

—La locura suele ser muchas veces hija del talento.

—Es verdad... una desgracia puede volver loco al hombre mas sábio. Los necios no se vuelven locos por un contratiempo. Si la razon se les trastorna suelen quedarse imbéciles. Ya ves pues como las palabras de Inés por ningun estilo deben sobresaltarnos. Dejemos pues este desagradable asunto. En momentos tan felices no debemos hablar mas que de nuestro amor.

Los dichosos amantes continuaron prodigándose ternezas largo rato, hasta que su deliciosa conversacion fué interrumpida por el ruido de precipitados pasos y gritos del viejo Ambrosio.





CAPITULO XXXII.

LA TEMPESTAD.

Ein dumpfes Geräusche-tön tferner,
wie das Geheul der Angst und eines
allgemeinen plötzlichen Unglücks etwa
von ferne gehört wird.

GESSNER.

¡Muy bien, señorito, muy bien! — gritaba con entusiasmo Ambrosio al invadir la estancia en que Enriqueta y don Eduardo hablaban de sus amores. — La accion es digna de V. E. y le felicito por ella cordialmente.

—¿De qué accion me felicitas, Ambrosio?

—De ese rasgo de generosidad con que ha querido V. E. solemnizar el completo restablecimiento de su salud.

—No te entiendo.

—Veo que la señora Inés me ha desbancado; pero no me ofende esa preferencia, porque ya sé yo que nada valgo en cotejo de esa santa mujer.

—Cada vez comprendo menos tus palabras.

— Antes se valia V. E. del pobre Ambrosio para ejercer ciertos actos de beneficencia, y... la verdad... siempre han sido los encargos que he desempeñado con mas satisfaccion. Solo por esto siento que se haya servido V. E. de la señora Inés. ¡Es tan grato socorrer á los menesterosos!... De todos modos, ello es que se han enjugado las lágrimas de muchos infelices, y no me parece desacertado el que se haya elegido para ello á una persona tan sábia y virtuosa.

—¿Qué estás diciendo, Ambrosio?

—Digo que la señora Inés ha hecho el reparto con mucho tino y prudencia.

—¿Qué reparto?

—El de las monedas que V. E. le ha dado para las familias necesitadas.

—Lo que he dado á Inés era solo para ella.

—¿Lo sabe V. E. bien?

—Como que le he prevenido que era para que mejorase su suerte.

—Pues ya no le queda un sólo maravedí.

—¡Cómo!

—Como que lo ha repartido todo entre los mas pobres, diciéndoles que tenia orden de V. E. de favorecerles con aquella limosna en celebridad de haber recobrado la salud.

—¡Es posible! —esclamaron á un tiempo Enriqueta y don Eduardo.

—Así es la pura verdad.

—Habrá dado alguna limosna... —repuso el duquecito.

—Todo lo ha repartido.

—¡Todo!

—Sí señor, todo.

—¡Cosa mas rara!

—Yo no veo en eso rareza alguna; esa mujer es una santa.

—Calla, no digas necedades.

—Repito que es una santa.

—Todas esas extravagancias son hijas de su locura!

—¿Estravagancias llama V. E. á las buenas acciones?

—El desprenderse absolutamente de cuanto uno tiene para socorrer á los demás, es una locura.

— Ella no lo necesita.

— Ahora sí.

— Viviendo en casa del jardinero...

— Ya no vuelve á esa habitacion.

— ¿Cómo así?

— Porque no conviene; pero ¿no te has equivocado, Ambrosio?

— Como que los infelices socorridos están locos de alegría, vitoreando á V. E., á quien apellidan *el padre de los pobres*.

— ¿Y les ha dado efectivamente todo el dinero?

— Y mas que hubiera tenido.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque no han faltado algunos que han llegado tarde, y he oido que la buena Inés les decia llorando: «Hijos míos, nada tengo ya para vosotros; pero no dudo que vuestros amigos os harán partícipes de lo que les he dado.»

— Ambrosio—dijo con prontitud el duquecito—es preciso que te informes con toda exactitud de los pobres que han dejado de percibir socorro, y me darás una lista de ellos con espresion de lo que haya que darles para auxiliarles á todos de modo que nadie tenga el menor motivo de queja.

— Voy corriendo á sacar esta lista. Ya sabia yo que no habia perdido la confianza de V. E.

— Nunca, nunca la perderás, buen Ambrosio. Tú no me engañas como esa incomprendible mujer.

— ¿Qué mujer?

— Inés.

— Tiene V. E. razon, es una mujer incomprendible, ó por mejor decir es una santa, señorito.

— Lo que ha hecho conmigo y con esta inocente jóven, es mas propio de una hipócrita que de una mujer de bien.

— ¿Pues qué ha sucedido?—preguntó asombrado el honrado viejo.

— Nos ha hecho la mas horrible traicion. El momento no es oportuno para narrarte las maldades de esa odiosa mujer. Séate suficiente saber que la hemos despedido para siempre... no queremos verla mas... Apesar de su inaudita ingratitud la compadecemos ahora, y para no tenerla por un monstruo execrable, queremos persuadirnos de que está loca.

—Sí, sí, está loca á no dudarlo —añadió Enriqueta, —porque no cabe tanta hipocresía en un corazon como el suyo, que siempre ha respirado honradez y generosidad.

—¡Yo estoy absorto!.... Dice usted, señorita, que esa buena señora está loca; pero si usted la hubiera visto cuando repartía las monedas, no diría semejante absurdo, perdone usted la espresion. ¡Loca la señora Inés! En mi vida la he visto yo mas cuerda, ni mas sabia, ni mas elocuente. Si hubiera usted oido qué consejos daba á los pobres... qué exhortaciones les hacia... Todos la escuchaban con la boca abierta... llorando como chiquillos... y yo el primero, señorita, porque yo no habia oido hablar nunca con tanta elocuencia. No parecia que esa mujer fuese criatura humana, sino un destello de la Divinidad, que se desprendía del cielo para consolar á los desvalidos. ¡Loca la señora Inés! ¿Y tambien V. E.; señorito, cree ese disparate?

—Te repito que lo creo para hacer favor á Inés, porque has de saber que si no está loca, es la mujer mas perversa y detestable que hay en el mundo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! —esclamó persignándose Ambrosio. —¿Es posible que diga V. E. eso? La señora Inés no está loca, señorito, porque los locos no hablan con la cordura que lo hace esta santa mujer. La señora Inés no es una mujer perversa, porque los malvados no son caritativos hasta el estremo de repartir entre los pobres cuanto poseen.

—Y esa conducta que tanto te asombra ¿no podria ser un acto de refinada hipocresía? ¿Quién te ha dicho que con esa supercheria no trate de fascinarnos para grangearse de nuevo nuestra confianza?

—¿Pero qué motivos puede habérsela hecho perder?

—Muchos, Ambrosio... te horrorizarás cuando los sepas; pero ahora urge que me presentes la lista de que hemos hablado antes. Cada momento que se pasa prolongamos el pesar de los pobres que no han sido socorridos.

—Voy, señorito; pero crea V. E. que ya este dia no es para mí tan feliz como se me habia figurado. Lo que me ha dicho V. E. de Inés me ha llegado al alma. V. E. sabrá los motivos que tiene para desconfiar de ella.

—Es una impostura. Guárdate, Ambrosio, de sus asechanzas.

—¿Si será verdaderamente bruja? —dijo para sí como meditabundo el pobre viejo. —Sea lo que fuere, el tiempo lo dirá. Yo me voy á hacer la lista de los que no han recibido auxilio alguno para dar á cada cual lo que tenga á bien el señorito, y Cristo con todos.

Así que los dos amantes volvieron á que darlos solos, dijo don Eduardo á Enriqueta:

— ¿Vamos al aposento de mi padre, Enriqueta?

— Con mucho gusto — respondió la amable jóven. — Precisamente he de verle, pues me he olvidado de manifestarle el principal motivo de mi visita. Hoy son mis días, Eduardo.

— ¡Tus días!

— Sí, amigo mio, y quieren mis padres que usted... no, no, que tú vengas con el señor duque á comer con nosotros.

— Admito con mucho gusto el convite, Enriqueta — respondió con alegría don Eduardo.

— Y tambien yo — añadió presentándose de improviso el duque. — Vamos, y segun la familiaridad que veo reina entre vosotros, parece que han sido satisfactorias para entrambos las esplicaciones.

Enriqueta bajó ruborizada la vista, y don Eduardo contestó:

— Tan satisfactorias como yo esperaba, padre. Inés nos engañaba á los dos.

— A los tres — repuso el duque. — Cuando yo estuve enfermo supo granlogearse mi cariño; pero en su última visita se propasó en términos que desde entonces la he tenido por loca. ¿Y cómo no lo habíais conocido vosotros?

— No hablemos de esa mujer. La he despedido ya, y lo que debemos hacer es no acordarnos mas de ella.

— ¿La has despedido? ¿Cuándo ha sido eso?

— Cuando usted nos ha dejado, ha vuelto otra vez y le hemos dicho que no tenia que presentarse mas delante de nosotros.

— Habis hecho lo que debíais; pero hablemos de cosas mas agradables.

¿Con que hoy son tus días, hija mia? — preguntó el duque á Enriqueta.

— ¿No lo sabia usted?

— He oido que se lo decias á Eduardo. Si lo hubiéramos sabido antes, hubiéramos ido á tomar chocolate contigo.

— Mas vale que vengan ustedes á comer.

— Con mil amores, Enriqueta. ¿Pero cómo nada nos habias dicho antes de que se aproximaban tus días, picarilla?

— Porque he querido sorprender á ustedes con un opíparo convite.

— ¡Hola! ¿Con que opíparo?

—Sí señor, hoy vamos á echar la casa por la ventana, como suelê decirse.

—Motivo hay para ello, hija mia — dijo sonriéndose el duque. — Hoy son los dias de la mas linda jóven de España.

— Es usted cortesano, señor duque.

— Cortesano arrepentido, amable niña, y demasiado sabes tú que mis palabras no son hijas de la adulacion. Tu belleza es encantadora.

— ¡ Padre! — exclamó don Eduardo.

— ¡ Hijo! — repuso el duque imitando el tono de admiracion del duquecito. — ¿Estrañas tambien que un cortesano diga la verdad, ó tienes celos porque requiebro á tu novia?

— Celebro ver á usted de tan buen humor; pero la pobre Enriqueta se ruboriza.

— No lo crea usted, señor duque — replicó la jóven con candorosa donosura — no me ruborizo porque me llame usted hermosa, al contrario, me gusta mucho oirlo... me lo dice usted con el mismo cariño que mi madre.

— Sí, hija mia, porque te quiero tanto como tu madre. Ya lo sabes, Eduardo, la quiero mas que tú.

— ¡ Mas que yo! Eso es imposible. Aun cuando su padre, su madre y usted junten el amor que profesan á Enriqueta, no llega á una chispa del fuego que me abraza.

— ¡ Bravisimo, Eduardo! ¡ Pero que veo! ¿ Lloras, Enriqueta?

Enriqueta que acababa de enjugarse una lágrima, respondió conmovida:

— Lloro de júbilo.... ¡ Soy tan feliz!

— Esta escena se va haciendo demasiado patética — añadió el duque sumamente afectado. — Es menester darle otro giro, y guardar los piropos para cuando estemos de sobremesa. Entonces harán aun mejor efecto entre los brándis. ¿ Con que tan buena comida nos aguarda?

— Y toda condimentada por mi madre — respondió Enriqueta.

— ¿ Y á qué hora, hija mia? — preguntó el duque.

— A la que ustedes dispongan.

— Pues iremos á las dos si te parece bien.

— Perfectamente, y si me dan ustedes licencia, me retiraré á dar parte á mis padres del resultado de mi comision.

— ¡ Tan pronto! — exclamó don Eduardo.

—Tengo yo tambien mucho que hacer.

—¿Quién trabaja el dia de su santo?

—Los que tienen convidados; —respondió Enriqueta sonriéndose de un modo hechicero; y después de hacer una graciosa cortesía desapareció, dejando en el duque y su hijo las mas dulces impresiones.

Padre é hijo no acertaban á hablar mas que de las gracias de la hermosa adolescente y ansiaban que llegase la hora del convite para disfrutar de su grata compañía y de la de los dignos padres de aquella simpática criatura.

Un cuarto de hora antes de la prefijada estaban ya el novio y su padre en casa del pintor.

Don Eduardo presentó á Enriqueta un lindo ramillete de flores, cuyos tallos ceñía una sortija de brillantes. La niña le aceptó sin reparar de pronto mas que en las flores, y agradeció con una mirada tiernísima la fineza de su amante; pero la alegría de la enamorada adolescente subió de punto al ver el precioso anillo. Hizo partícipes de su satisfaccion á sus padres; y Cecilia, prévio el permiso del duquecito, puso una cinta en el lugar de la sortija y colocó esta en un dedo de Enriqueta, después prendió la niña su ramillete en el vestido junto al corazon.

A las dos en punto avisó la criada que estaba la sopa en la mesa; y asiendo el duque de la mano á Cecilia y don Eduardo á Enriqueta, dirigieron al improvisado comedor, que era una salita de paso, precedidos por Federico, que como dueño de la casa les sirvió de guia.

La mesa era redonda y estaba puesta con elegancia suma. Cubrianla finísimo manteles, platos de china, cubiertos de plata, vasos y copas de cristal, y dos soperas de igual loza que la de los platos, con las botellas de agua y vino correspondientes y demás accesorios indispensables.

Las sillas que rodeaban la mesa eran ordinarias, pero nuevas, y como tales respiraban aseo.

—¡Muy bien! ¡Magnífico! —esclamó el duque al entrar.

—¡Oh! —repuso Cecilia—si no hubiera yo temido que se nos aguára la fiesta, mi primer pensamiento era escelente; pero no me he atrevido á ponerle en práctica.

—¿Por qué no? —preguntó el duque.

—Mi gusto hubiera sido poner la mesa debajo del emparrado que hay en el huerto; pero como he visto el dia tan nublado, he creido que en caso

de lluvia no estaríamos bastante guarecidos de ella, mayormente si, como es de presumir, descarga el cielo uno de esos chaparrones de verano que parece se hunda el mundo. Aquí tenemos buenas vistas y estamos á cubierto de la intemperie.

—Ha procedido usted muy acertadamente — dijo el duque. — Si llueve mientras comemos, tanto mejor. La lluvia en el campo ofrece tambien un espectáculo agradable; pero si viene acompañada de truenos...

—Afortunadamente en casa nadie tiene miedo á los truenos — replicó Cecilia.

—Es una fortuna.

—¿Le asustan á usted, señor duque?

—No me hacen ninguna gracia; pero no les tengo aprension.

—Entonces soy yo mas valiente que usted — exclamó Enriqueta.

—¿Cómo así? — le preguntó el duque.

—Porque me gusta el ruido de una tempestad cuando estoy acurrucada entre sábanas.

—Estravagancias suyas — dijo Federico.

—¡Estravagancias dice usted! — repuso la niña sonriéndose. — Padre, eso es una blasfemia en boca de un pintor. ¿Hay espectáculo mas bello que el de una tempestad?

—Pero á pesar de su belleza, parece que te contentas con oirla desde la cama.

—Se me antoja que no acabarás de comer sin ver el tal espectáculo, hija mia — añadió Cecilia.

—Ocupemos nuestros sitios — exclamó el duque — y dejemos que truene y llueva. Aquí no nos hemos de mojar mas que con los brándis.

—Aquí, señor duque — dijo el pintor tocando el respaldo de una silla. — Tú, Cecilia, á la derecha del señor duque. Enriqueta, tú á la izquierda.

—¡Bravísimo! — exclamó el duque. — Entre mis dos predilectas.

—Usted, don Eduardo — continuó el pintor — al otro lado de Enriqueta, y yo á la derecha de Cecilia. ¿Qué tal, está en regla la colocacion de las figuras?

—Como hecha por quien está bien enterado de los efectos de la simetría — respondió con amable jovialidad el duque.

No alargaremos el capítulo con los minuciosos detalles de este convite de

familia, del cual no estuvo excluido el leal Ambrosio, á quien, así como un buen caudillo suele elevar á la clase de oficial en el mismo campo de batalla al veterano que se distingue, dióle el duque un merecido ascenso, quitándole la incumbencia de sirviente para elevarle á la categoría de *consejero de cámara*. A consecuencia de esta disposicion, que fué cordialmente aplaudida por todos los concurrentes, el honrado viejo tomó asiento entre el duquecito y el pintor, y la mesa fué exclusivamente servida por una inteligente y activa doncella.

Inútil es decir que la comida fué espléndida, el pintor y su esposa estuvieron estremadamente obsequiosos, el duque muy jovial, Ambrosio aturrido de gozo, y los dos jóvenes muy finos y enamorados. La conversacion rodó casi exclusivamente sobre el próximo enlace de don Eduardo y Enriqueta. Determinóse regresar á Madrid el 17 de julio, esto es, dos días después del convite, pasar las dos familias reunidas en el palacio del duque, solo el tiempo necesario para los preparativos y solemnidad del casamiento, y una vez verificado, dirigirse á la quinta que tenia entre los dos Carabancheles el duque de la Azucena.

Tan alegres y divertidos estaban los interlocutores de aquel banquete, que las horas se deslizaban sin sentirlo, y prolongaron los brindis y el alborozo hasta el anochecer, en que una inmensa gritería llamó la atencion de los concurrentes.

Todos los habitantes de San Isidro habíanse agrupado en frente de la casa que ocupaba el pintor, y unos cuantos jóvenes de ambos sexos entonaron varias coplas con acompañamiento de guitarras y panderetas. En los intervalos del canto, resonaban mil vítores al *padre de los pobres*. Esta serenata era una justa demostracion de gratitud, que las familias socorridas por la *Bruja* hacian á su bienhechor.

La jovialidad era inmensa, rayaba en frenético entusiasmo. Todos parecían embriagados de júbilo, mientras la verdadera heroína... la que se habia desprendido del oro que el duquecito le habia regalado, vagaba errante sin saber donde guarecerse de la tempestad que parecia aproximarse. La infeliz tenia el corazón traspasado de dolor, y lloraba amargamente mientras los demás entonaban cánticos de alegría.

Arrojada bruscamente de la presencia de sus bienhechores no podia vivir lejos de ellos, y por fortuna halló abierta una puertecilla á espaldas de

la casa del pintor, que conducia á un pajar situado debajo del dormitorio de Enriqueta. Dejóse caer sobre la paja después de haber cerrado la puerta y de haber colocado una enorme piedra por la parte interior para que nadie pudiese abrirla, y quedóse abismada en desgarradoras meditaciones.

Hasta las diez de la noche duró la serenata, á pesar de estar lloviendo; pero arreció luego el temporal y el duquecito manifestó á la multitud sus deseos de que se retirase cada uno á su casa. Dióles antes las gracias por el obsequio, y exhortóles al ejercicio de la virtud por medio de una breve y sentida locucion, que la multitud acogió con nuevos vitores.

Retiráronse todos muy contentos, y el duque y su hijo se despidieron tambien de Enriqueta y sus padres con el corazon henchido de placer.

Solo la desventurada Inés, gravemente enferma, se anegaba en copioso cuanto estéril llanto. Nadie se acordaba de la pobre *Bruja*.

Hacia algunas horas que todo yacia en el silencio de la noche, cuando este silencio sepulcral fué interrumpido por el fragor del trueno, que retumbando en lontananza, parecia que algun enorme peñasco desgajado de la cúspide de un monte, rodase impetuoso al impulso de su propio peso. A este lejano estruendo siguió el melancólico tañido de una campana del templo, que invitaba á la oracion para aplacar la ira de los elementos. Error funesto si se considera que las metálicas vibraciones son á propósito para atraer la electricidad del fuego que de las nubes se desprende en momentos borrascosos. Espantosas ráfagas del furente huracan, zumbaban de vez en vez á la manera que ruge el leon herido por aguda flecha. Densísima niebla ennegrecia el espacio, y destacábanse de la inmensa oscuridad igneos meteoros á guisa de infernales serpientes, que al invadir la region celeste, parecian rechazadas por la mano del Salvador. Una de estas centellas, precedida de una esplosion horrisona, cayó de improviso en la casa que habitaban Enriqueta y sus padres. Incendióse el pajar donde la *Bruja* lloraba sus infortunios, y á merced del huracan, no tardaron las llamas en hacer estragos.

Nadie oia los gritos de Enriqueta, que se veia aislada en su dormitorio, desmoronado en parte precisamente por donde hubiera podido fugarse. No le quedaba á la infeliz mas recurso que arrojar al pajar por entre las mismas ruinas; pero era entregarse mas pronto á las llamas, que de todos modos amenazaban ya muy de cerca á la desesperada niña. Asfixiada al fin por el humo, después de dirigir al cielo sus plegarias, cayó sin sentidos.

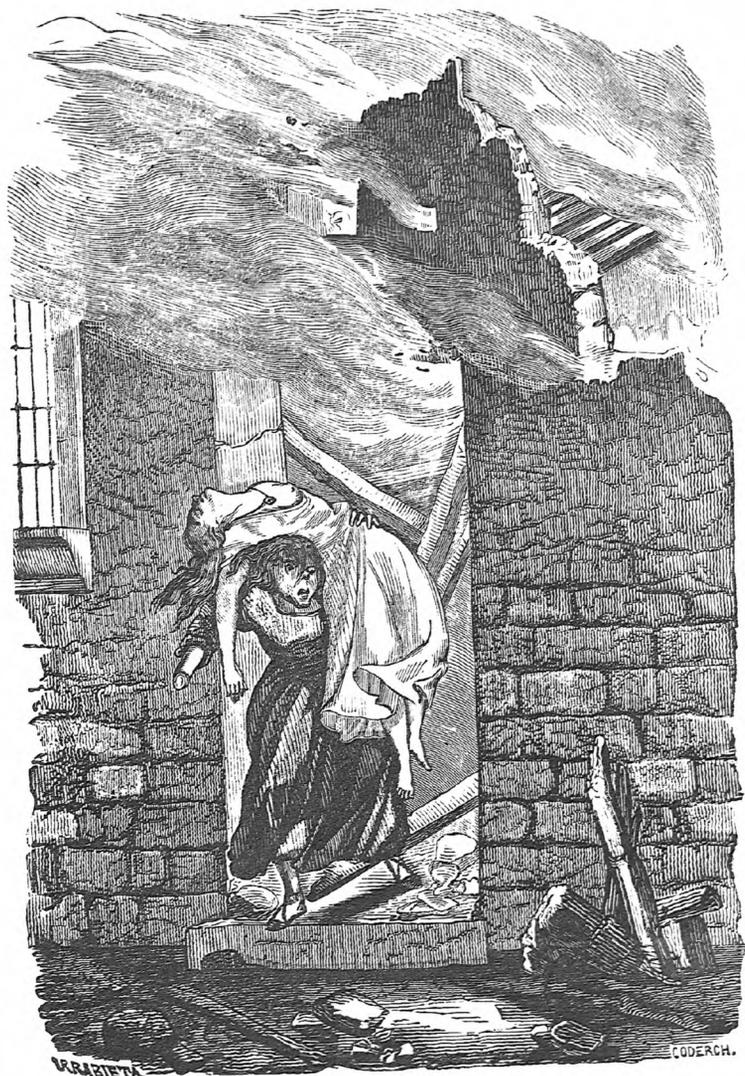
Los padres de Enriqueta, lograron fácilmente lanzarse fuera del peligro, y á sus gritos de ¡FUEGO! acudieron presurosos todos los habitantes de los alrededores, y todos se afanaban por contener los progresos del incendio; pero la angustia del pintor y su esposa llegó á su colmo al ver que las voraces llamas salian del dormitorio de Enriqueta... ¡y Enriqueta no estaba entre ellos!

Esta desconsoladora advertencia la hicieron precisamente cuando acababa de presentarse don Eduardo con su padre en el sitio de la catástrofe. Todos querian disputarse la gloria de salvar á Enriqueta; pero les parecia imposible que no hubiera ya perecido entre los escombros. ¿Cómo penetrar por medio de tan horroroso fuego? ¿Quién era capaz de arrostrar una muerte inevitable?

Semejante tentativa era una temeridad de la cual no podia surgir otra cosa que aumentar la desgracia con una nueva víctima. ¿Pero qué le importaba á don Eduardo vivir sin Enriqueta? Ó salvarla ó morir á su lado, tal fué la idea que le impelió á lanzarse al peligro, cuando de repente sale de entre las llamas la BRUJA, llevando en hombros á Enriqueta.

—¡Muerta!—gritó don Eduardo con dolorosa desesperacion, y recibió en sus brazos el frio cuerpo de su amada.





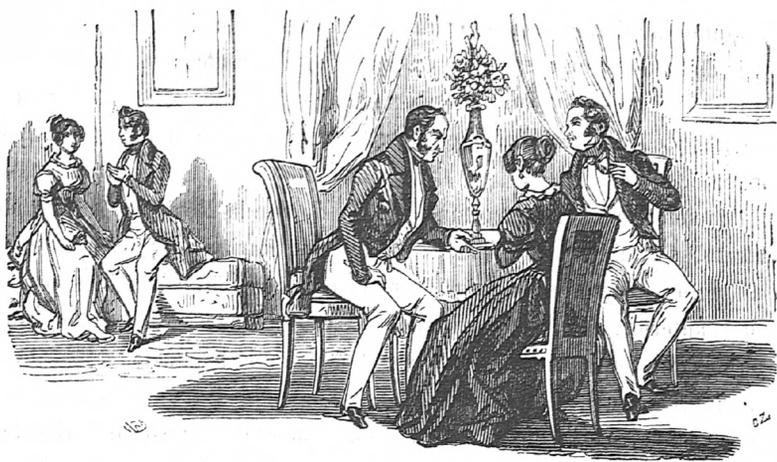
VARBIETA

CODERCH.

(11.)

(Ayguals de Izco hermanos, editores.)

121



CAPITULO XXXIII.

AMOR Y FELICIDAD.

Rio, flor, insecto y ave.
Pensiles y soledad,
Sombra leve y aura suave
Nos están diciendo : *amad.*
EL P. AROLAS.

Un temps viendra où l'on ne conce-
vra plus qu'il fut un ordre social dans
le quel un homme comptait un million
de revenu, tandis qu'un autre homme
n'avait pas de quoi payer son diner. Un
noble marquis et un gros propriétaire
paraîtront des personages fabuleux. .
CHATEAUBRIAND.

El mes de julio espira. Quince dias se han deslizado desde el voraz incendio de la casa que habitaba el pintor con su esposa é hija en San Isidro.

La *Bruja* salvó milagrosamente á Enriqueta de una horrorosa muerte que parecia inevitable. Tambien puede asegurarse que don Eduardo debe la vida á aquella incomprendible mujer, pues desesperado por el inminente peligro de su amada, iba á lanzarse al fuego para arrebatarle su presa, y sin

duda alguna hubiera perecido víctima de su amor y de su arrojo.

Inés dejó á la jóven desmayada en los brazos de su amante, y cayó abrumada bajo el peso de sus continuos tormentos y recientes fatigas. Merced á los pronto y eficaces auxilios que se prodigaron á las dos, recobraron su conocimiento.

Habia sido demasiado importante el servicio que la *Bruja* habia prestado á entrambas familias, para que don Eduardo, Enriqueta y hasta el mismo duque no moderasen la animadversion con que miraban á Inés por su conducta anterior. Era preciso galardonar su última heroica accion, y resolvieron por de pronto volver á darle hospitalidad en la habitacion del jardinero que antes ocupaba, y prodigarle cuantos cuidados exigia el delicado estado de su salud, agravado en términos que empezaba á inspirar sérios temores. Sin embargo, nadie la visitaba mas que el jardinero, su madre y Ambrosio, que de parte de sus amos iba todos los dias á informarse del estado de la enferma.

Todos iban regresando á Madrid, y con la salvacion de Enriqueta habia renacido la alegría en el palacio del duque de la Azucena.

La familia del pintor ocupaba en el mismo palacio un departamento independiente del que constituia la habitacion del duque y su hijo; pero raros eran los momentos del dia en que no estuvieran juntas las dos familias, pues además de las horas del almuerzo, comida y cena que verificaban juntos, don Eduardo no tenia mas placer que estar en amorosa conversacion con Enriqueta, mientras prendado el duque de las virtudes y amabilidad del pintor y su esposa, hallábase tambien muy á su sabor en tan grata compañía.

El 5 de agosto era el dia señalado para celebrar el casamiento de los dos jóvenes en el mismo oratorio en que, por el misterioso incidente, del cual está ya enterado el lector, se habia interrumpido la solemnidad de los dos enlaces. El duque estaba contento y entusiasmado en demasia, para acordarse de lo que en su concepto no habia sido mas que un delirio producido por su antigua dolencia, de la cual, desde el cambio que habian hecho en sus ideas los consejos de su confesor, se creia radicalmente curado.

El 31 de julio de 1824, estaban el duque y su hijo en la habitacion del pintor, y mientras el primero conversaba con los padres de Enriqueta sobre los preparativos de la boda, los prometidos esposos hablaban de su próxima ventura en los términos siguientes:

—A pesar de que á tu lado, Enriqueta—decia don Eduardo—me parece que las horas se deslizan con extraordinaria rapidez, nunca llega el dia apetecido.

—¿Qué dia, Eduardo?—preguntó la tierna jóven con la sonrisa de los ángeles.

—¿Es posible que me hagas semejante pregunta?

—No lo estrañes.... sé muy bien el dia á que te refieres; pero es para mí tan dulce ver la ansiedad con que aguardas el venturoso momento de nuestra union, que me hago la desentendida solo para oirte repetir cuál es el dia que tú llamas apetecido.

—El dia apetecido es aquel en que un lazo indisoluble estrechará nuestros corazones, ¿no es verdad, ídolo mio?

—Sí, Eduardo..... iremos al templo del Señor, y postrados ante los altares, recibiremos la bendicion del sacerdote....

—Como hemos recibido la de nuestros padres, Enriqueta.

—Y la bendicion del sacerdote es la bendicion de Dios.

—Es verdad, y bendecidos de Dios y de nuestros padres, ¿podremos nunca dejar de amarnos?

—Nunca, nunca, Eduardo.... porque tú me amarás siempre como ahora, ¿no es cierto?

—¡Oh! lo juro, Enriqueta.... lo juro por la memoria de mi madre. Yo te amaré toda la vida como tus hechizos merecen. Te amaré del mismo modo que tú me amas, prenda mia, porque yo conozco que tu corazon se abrasa de amor como el mio, y me envanezco, me lleno de orgullo al considerar que soy el objeto de tu predileccion. Lo sé no solo porque tus candorosas palabras, llenas de sinceridad y puras como el aliento de los ángeles así me lo aseguran, sino porque tambien me lo dicen tus inocentes miradas, esas miradas que obedecen á los impulsos del corazon, esas miradas expresivas, sin artificio, que son un tesoro de amor y de ternura. No lo dudes, Enriqueta, leo en tus ojos todo cuanto pasa en tí, y me parece que siento tus propias emociones. Penetro en tu voluntad, conozco tus afanes, adivino tus deseos, y esto es para los dos una ventaja inmensa, porque cifrándose mi dicha en hallarte contenta, no tengo en este mundo mas ambicion que verte feliz. Para lograrlo, hermosa mia, allanaré siempre mi voluntad á la tuya, mis desvelos á tus afanes, y toda mi conducta á tus deseos. Procuraré anti-

ciparme á ellos si es posible, seré un esclavo de tus mas leves caprichos, y en cuanto lo permitan mis recursos te proporcionaré todos los goces y placeres que puedas apetecer.

—Yo no apetezco mas que tu amor, Eduardo mio.... Tu amor es mi orgullo, mi ambicion, mi felicidad. Mucho me amas, mi bien; pero tu acendrada pasion no escede á la que yo siento por tí. Yo tampoco tengo en este mundo mas gloria que adorarte. Dedicaré todo mi esmero á cuidarte, como se cuida la joya predilecta del corazon. Cuando te aqueje alguna dolencia de las que Dios envia sin exceptuar á los que son felices, mis caricias y cuidados mitigarán tu amargura. No te abandonaré un solo instante, ni tendré mas consuelo que hacerme siempre digna de tu amor. X

—Eres y serás siempre, no solo digna de mi amor, hermosa Enriqueta, sino de la brillante posicion social que gracias á Dios puedo proporcionarte. Los necios que no conocen el precio de tus virtudes, los fanáticos que prefieren la ridícula nobleza hereditaria á la que tiene su base en los bellos sentimientos del corazon, fulminarán aqui en Madrid contra nuestro enlace su despreciable censura; pero ya que la fortuna se complace en halagarnos, creo lo mas prudente que pasemos á disfrutar de sus dones en esas grandes capitales de Europa que marchan al frente de la civilizacion universal. No porque me avergüence el contraer matrimonio con la hija de un honrado pintor, no, hermosa, no, de ningun modo; pero creo que te será grato el visitar, por ejemplo, los grandiosos monumentos de París y Lóndres. Tú eres digna por tu hermosura, por tus gracias y talentos de figurar en las sociedades mas cultas, y quiero que ocupes en ellas el puesto que te corresponde. Nada omitiré, Enriqueta, para que descuelles en tu posicion social por el lujo de tus trajes, por la magnificencia de tus joyas, por la suntuosidad de tus palacios, por los pomposos trenes de tus doradas carrozas. Quiero que nada te falte en este mundo, y afortunadamente son inmensas mis riquezas y todas las consagro desde este momento á tu brillante porvenir. Si pudiera divinizarle, ídolo de mi alma, lo haria con arrobamiento, pero ¡qué digo! tú eres ya una deidad, un ángel de bondad y de hermosura, á quien rendiré siempre los mas sinceros holocaustos de adoracion.

—Gracias, Eduardo mio, gracias por tus bondades. A mí me basta tu amor para ser feliz, te lo repito. Quererte y que tú me quieras, hé aqui lo que ambiciono.

—Pues bien, yo ansio probarte el amor que te profeso haciendo que tu existencia sea un perenne manantial de placeres. ¿No estarás contenta rodeada de todo linaje de grandezas y delicias?

—Disfrutándolas á tu lado, y amándote y siendo amada de tí ¿qué mas puedo desear? Me faltan espresiones para manifestarte mi gratitud, Eduardo. ¿Estás persuadido de la inmensidad de mi amor?

—Sí, paloma mia, tu amor es como el mio, una llama inestinguible que abrasa y deleita el corazon.

—Pues mira, dueño mio, tan grande como mi amor es mi gratitud.

—No debes agradecerme nada, Enriqueta; no hago mas que rendir un justo tributo á tu merecimiento. Jamás he tenido ambicion; pero quisiera ahora ocupar un trono para poner mi corona á tus piés.

—¡Qué bueno! ¡qué enamorado! ¡qué generoso eres, Eduardo! —esclamó estremadamente conmovida la frágil adolescente. Veia satisfecha su desmesurada ambicion, y esto la halagaba tanto como el amor del duquecito. Este exaltado jóven replicó:

—Soy justo y nada mas.

—¿Y qué haré yo para corresponder á tantas bondades?

—Amarme siempre como ahora.

—Te lo juro, ídolo de mi vida.

—Esto basta para labrar mi dicha. ¡Qué feliz soy! ¿Y tú, mi bien?

—Yo no sé lo que me pasa... El corazon me late deliciosamente.

—¿Apruebas la idea de ir á Paris, á Lóndres?...

—Sí, Eduardo... Siempre he tenido grandes deseos de viajar... de ver esas populosas capitales... Roma... Roma particularmente.....

Al pronunciar el nombre de Roma, la memoria del horrible sueño referido anteriormente, asaltó de improviso á la pobre niña, guardó silencio y palideció.

—¿Prefieres que vayamos á Italia? —preguntó cariñosamente don Eduardo.

—No sé —respondió meditabunda Enriqueta.

—¿Qué tienes, bien mio? Has perdido el color —repuso el duquecito sobresaltado.

—Nada, no tengo nada.

—Enriqueta, tú no estás tranquila.

—¿Por qué?— exclamó la pobre niña esforzándose por disimular su angustia.

— Porque tu semblante está demudado. ¿Qué te aqueja?

— Es una preocupacion.... Aquella horrible pesadilla que te relaté...

— Es verdad... no me acordaba ya de ella. Tú tambien debes desecharla para siempre de tu fantasia.

— No puedo.

— ¿Y es posible que hagas caso de los vaticinios de una miserable demente?

— ¡ Ah! Eduardo mio!... ¡ Te ví bañado en tu sangre!.... — exclamó la sensible jóven horrorizada.

— ¡ Pobre Enriqueta!

— ¿ Te ries?

— ¡ Pues no! Confiesa, hermosa mia, que entiendes muy poco en materia de sueños. Tienes demasiado talento para dejarte llevar de ridículas preocupaciones, y si los sueños significan algo, es precisamente que ha de suceder lo contrario de lo que ellos anuncian. Un amigo mio soñó una vez que le habian robado toda su fortuna, y el dia siguiente tuvo la satisfaccion de verla aumentada por el premio mayor de la loteria. En cuanto á los vaticinios de Inés, ni siquiera debiéramos mentarlos. Esa miserable profesa á los ricos un ódio inestinguible. Es la manía que la ha vuelto loca; y creo que todos sus esfuerzos para estorbar nuestro enlace no tienen mas origen que su locura.

— Tienes razon, Eduardo, no debemos hacer caso de las palabras de Inés. ¿Qué importa que ella blasfeme de nuestro amor si Dios le bendice.... si *la naturaleza nos dice á todas horas*: AMAD? Los vaticinios de esa infortunada no se cumplirán, porque amándonos siempre no podremos dejar de ser felices, y tú no volverás nunca á esponer tu vida.

— La espuse, Enriqueta, cuando me era insoportable... cuando la muerte era para mí el término de una cruel tortura... cuando Enriqueta acababa de escribirme que no me amaba.

— Pues Enriqueta te amaba entonces con delirio, lo mismo que ahora que acaba de jurarte amor y constancia.

— Y yo que te debo la vida, juro tambien consagrarla á tu adoracion. Mira, hermosa, si la suprema dicha que nos aguarda está lejos de los vaticinios de Inés.

—Es verdad... Tus reflexiones me han devuelto la calma, y ahora me rio como tú de mis necias aprensiones. Pero ¿qué motivos tendría aquella mujer para corresponder tan mal á nuestros beneficios?

—La demencia es una horrible enfermedad.

—¡Pobre mujer! ¿Crearás, Eduardo, que á pesar de las ofensas que nos ha hecho, y de los graves sinsabores que nos ha causado, escita Inés cierta simpatía en mi corazón que no sé cómo definir?

—¿Ves como nuestras emociones son enteramente iguales? Yo también, Enriqueta, experimento ese interés en favor de la desgraciada.

—Está demente, y no ha querido nunca hacernos mal con intención perversa. Es preciso que procuremos hacer feliz á esa mujer. ¿Quién sabe si acertará á curarla el facultativo?

—El facultativo dice que la pobre tiene un grave pesar que la consume, y alienta pocas esperanzas de salvarla. De todos modos yo deseo como tú, que se restablezca y sea dichosa. No olvidaré nunca el arrojito con que te sacó de entre las llamas. Ya lo ves, la que tanto se afanaba por hacernos desdichados, ha labrado nuestra felicidad. Por esta acción ha reconquistado mi afecto.

—¿Por qué no le hacemos alguna visita? Tengo tantos deseos de verla... de consolarla....

—Yo también; pero no es aun prudente.... nos volvería á manifestar su repugnancia á nuestro enlace. Cuando este se haya verificado, iremos los dos á darle parte de él y á censurarle su estraña manía. Tal vez nuestra visita contribuirá á su curación.

—Mucho me alegraría de ello, y una vez que juzgas conveniente no verla hasta que nuestro casamiento se haya verificado, me allano con mucho gusto á tus deseos. ¡Me es tan dulce seguir en un todo tu voluntad!

Este coloquio no llevaba trazas de terminar, cuando el duque de la Azucena sonriéndose exclamó:

—Esperaba que hubiese algun intermedio en el coloquio de esos amables jóvenes; pero les veo tan aplicados, que será preciso distraerles—y aproximándose á su hijo palmoteóle en el hombro y añadió:—Son las once y media.

—¡Las once y media! ¿Cómo ha pasado el tiempo?—exclamó don Eduardo.

—Hablando de amores vuelan las horas que es una bendición de Dios; pero mientras se habla, hijos míos, se olvidan otras diligencias, y sería un dolor tener que retrasar el casamiento.

—Anda, anda— dijo Enriqueta á su amante, y dirigiéndose al duque añadió: —¿Vendrán ustedes pronto?

—Hasta la hora de comer, hija mía, no volverás á oír los requiebros de este perillan.

—¿Está ya lista la carretela? preguntó el duquecito como perezoso de abandonar á su novia.

—Una hora hace que nos aguarda.

El duque y su hijo cruzaron un afectuoso saludo con Enriqueta y sus padres, y desaparecieron.

Cuando Enriqueta se quedó sin mas compañía que la de sus padres, llevada Cecilia de su natural buen humor, le dijo:

—Parece que V. E. sigue progresando en el restablecimiento de su importante salud, señora duquesa.

—¿Empiezas ya con tus bachillerías?— exclamó el pintor.

—¡Bachillerías!— repuso Cecilia en tono de formalidad. —Pues qué ¿no están á la vista de todo el mundo los progresos de la salud de Enriqueta? ¿No ha recobrado su antigua alegría y su buen color? ¿Cuándo ha estado mas hermosa que ahora?

—Ya se vé— repuso con ironía el pintor— como ha bebido el agua de la fuente milagrosa....

—Búrlate de ello; pero lo cierto es que Enriqueta ha vuelto á Madrid sin calentura.

—Bien decia San Isidro: *Si calentura trujeres, volverás sin calentura.*

—¿Y no ha sucedido así?

—¿Quién dice lo contrario?

—Es que tú hablas siempre en tono de mofa; pero lo cierto es que por el agua milagrosa fuimos á San Isidro, que después de haberla bebido, encontré Enriqueta á don Eduardo moribundo, y tuvimos la dicha de salvarle, y ocurrió todo lo demás hasta nuestro regreso. Ya lo ves, vivimos ahora en un palacio. En el palacio de mi yerno. Dentro de cinco dias será Enriqueta la duquesa de la Azucena. ¿Y querrás negar que lo debemos todo al agua de la ermita?

—Yo nada niego —replicó Federico— y aun confieso que la bendita agua de San Isidro, no solo es buena para quitar la calentura de los que la *trujeren*, sino que proporciona buenos novios á las mujeres. Así que se divulgue esta nueva propiedad, todas las solteras y viudas de Madrid emprenden su romería á San Isidro.

—Están ustedes muy chistosos los dos —esclamó Enriqueta riendo.

—Estamos contentos porque te vemos buena y feliz —objetó con afectuosa bondad el pintor.

—Sí, mi querido padre, voy á ser muy dichosa con Eduardo.... y con ustedes tambien, porque su padre quiere que todos vivamos siempre juntos. Es tan generoso y amable como su hijo ¿no es verdad?

—En efecto, no se puede dar un corazon mas bondadoso que el del señor duque —dijo el pintor.— ¡Qué mal le habiamos juzgado! ¡Cuántos habrá en la aristocrácia española á quienes su fanatismo hace parecer orgullosos é insensibles, y tal vez tienen un alma tan hermosa como la del duque de la Azucena! *Día vendrá en que no habrá esas enormes desigualdades de fortunas, esas diferencias de clases que tantos males acarrear.*

—Como el señor duque mi yerno no hay nadie en el mundo —esclamó Cecilia.— Puedes vanagloriarte, Enriqueta, de que te ha tocado en suerte el mejor novio del universo. ¡Unos deseos tengo de verte en un birlocho al lado de tu marido! Ya me parece que oigo al lacayo: «Cuando vuecencias gusten, están enganchadas las yeguas.» Todas las mujeres de Madrid se van á morir de envidia.

—Eso es tener mal corazon, Cecilia —dijo el pintor.

—¿Por qué?

—Porque te huelgas en que sufran las otras mujeres al ver que Enriqueta es feliz.

—Que no sean envidiosas y no sufrirán. Tú te llevas el mozo mas gallardo de Madrid, lo he dicho ya, Enriqueta; pero tambien él podrá enorgullecerse de tener por esposa á la mas linda jóven del universo. ¡Bendita mil veces seas!

Y llorando de gozo la buena Cecilia cogió la cara de Enriqueta entre las palmas é imprimió en su frente virginal un ósculo de bendicion.

—¡Madre querida!.... ¡Padre mio!.... —esclamó enternecida la cándida virgen, asiendo y besando la mano de su padre, mientras recibía las ca-

ricias de su madre.— ¡Qué felices vamos á ser todos!

Era tan grande la emocion de Federico, que no pudo pronunciar una sola palabra. Sus ojos estaban arrasados de lágrimas de júbilo.

— Sí, prenda mia — balbuceó Cecilia — ya somos dichosos desde ahora... — y mirando á su marido, añadió:— ¿no es verdad, Federico?

— En efecto, nada tenemos que desear. Vosotras, sin embargo, habeis sido mas favorecidas por la fortuna.

— Cómo, padre ¿no es usted tan dichoso como nosotras? — preguntó con sobresalto Enriqueta.

— Estoy muy contento, hija mia, pues no solo has recobrado tu salud, sino que el cielo ha premiado tus virtudes concediéndote el esposo que deseabas; el generoso jóven siempre tan simpático, el que sabrá apreciarte como por tus méritos mereces. ¿Cómo quieres que no me considere yo muy feliz siéndolo tú, hija mia, y viendo coronados por tu bienestar los desvelos y afanes de toda mi vida?

— ¿Pues por qué decia usted que mi madre y yo hemos sido mas afortunadas? — preguntó Enriqueta.

— Era una chanza.

— Lo creo así; pero esa misma chanza tendrá algun origen.

— Quise aludir á la venta de mis cuadros. ¡Su vista me proporcionaba tantos ratos de placer!

— Es verdad — pronunció con tristeza la tierna jóven, — se privó usted de su hermosa coleccion de pinturas solo para proporcionarme las distracciones de un largo y costoso viaje. ¡Yo soy la causa de que no sea completa la dicha de usted! Pero no se aflija usted por eso, padre. Usted aventuraba toda su fortuna para desvanecer toda mi tristeza, y ahora que voy á ser yo muy rica, está muy puesto en el órden que corresponda dignamente á la generosidad de usted. Hoy mismo encargaré á mi Eduardo, que de la exorbitante cantidad que su padre ha destinado para mis joyas, emplee lo que sea necesario para adquirir de nuevo la coleccion de cuadros.

— Es un desatino, Enriqueta — repuso el pintor.

— ¿Por qué?

— Porque el que me los compró no querrá desprenderse de ellos. Yo los vendí porque no tenia otro recurso; pero no estará en este caso el que los posee ahora.

—Pero si hace un buen negocio....

—Déjate de tonterías, Enriqueta—esclamó Cecilia.—Tu padre ya no ha de volver á pintar en su vida, y para nada necesita esos cuadros que él llamaba sus modelos.

—En eso te equivocas, Cecilia—dijo con orgullo el pintor.—Puedo pasar sin esos cuadros; mas si me arrebatáran mis pinceles, me matarian.

—Pero teniendo una hija casada con el primogénito..... con el hijo único de la antigua y nobilísima casa de los duques de la Azucena....

—Crearé siempre que mi dicha, mi gloria, mis blasones, están en mis pinceles, y que el título de artista eminente vale tanto ó mas que el de duque.

—Pues yo prefiero que Enriqueta se case con un duque á que hubiera sido mujer de un pintamonas.

—¿Pues por qué te casaste conmigo?

—Porque ningun duque solicitó nunca mi mano.

—¿Y le hubieras preferido á mí?

—Eso no... siempre has sido un buen perillan, y sabias engañarme con tus zalamerías. Pero ahora no se habla de nosotros, y lo que yo digo es que me tiene loca de contento el enlace de Enriqueta.

—Tambien me llena á mí de satisfaccion.

—Pues su novio es duque... duque, duque, ya lo sabes... y rabia, rabia.

—Cecilia, yo creo que así como á la pobre Inés la han trastornado el juicio sus pesares, á tí te vuelven loca las satisfacciones.

En este momento se presentó una criada, y dirigiendo la palabra á Enriqueta, dijo:

—Señorita, la modista pide permiso para entrar.

—Que pase adelante—dijo Cecilia, y dirigiéndose á su marido, añadió rebotando alegría:—Los trages de boda.... mira tú si la cosa vá formal.

No hacia tres minutos que se habia retirado la criada, cuando invadió la sala una señora de unos treinta años de edad, bastante bien parecida, muy rubia, y vestida con sencillez y elegancia.

—¿Qué trae usted de nuevo, madama Sofia?—le preguntó Cecilia.

—Todos los trages de la señorita y de usted—respondió la modista.

—¿Cómo todos los trages de la señorita? El de encaje forrado de raso de la niña y el mio azul, querrá usted decir.

—Traigo dos mas para la señorita y otro para usted.

—¿Tres mas? —preguntó Enriqueta.

—Y muy elegantes —contestó la modista.

—¿Es decir que tres para la niña y dos para mí? ¿Cinco vestidos, verdad usted? —esclamó Cecilia asombrada.

— Los tres de mas se han hecho de orden del señor duque. El mismo eligió las telas, muy elegantes todas y de gran lujo. También examinó los últimos figurines y marcó los que debían servirme de modelo. ¡Oh! se conoce que el señor duque es inteligente en la materia.

—Vamos, vamos al tocador —dijo impaciente Cecilia.

—Tengo una seguridad completa de que estarán bien —alegó la modista. —Da gusto hacer trajes para personas bien formadas, y como usted y la señorita tienen tan buena cintura, poco trabajo le cuesta á la modista quedar airosa.

Al oír Cecilia elogiar su talle, que era efectivamente esbelto como el de Enriqueta, aunque no tan delgado ni flexible, lanzó una ojeada de vanidad á su marido, que la recibió con sonrisa de aprobacion.

—Lo malo es —continuó la modista —cuando alguna mamá algo obesa se olvida de los estragos que ha hecho el tiempo en su persona y se empeña en parecer un figurin.

—Si que debe ser apuro —repuso Cecilia.

—Es un compromiso grande, y desgraciadamente abundan en Madrid las elegantes de este jaez. Estas buenas señoras son el descrédito de las *artistas* que con mas inteligencia manejan la tijera y la ahuja. En cuanto á ustedes... ¡oh! estoy segura de que nada les quedará que desear.

—Tanto mejor.

—Luego, como nada se ha escaseado...

—¿Con que son tan primerosos?

—Han trabajado en estos vestidos las mas hábiles oficialas, no solo de Madrid, sino de París, tengo vanidad en decirlo, y estoy cierta de que nada habrá que enmendar en ellos. Los dejo aquí y cualquier cosa que no fuera del agrado de ustedes, se corregirá al momento.

La modista dejó en una silla una gran caja de carton, y después de cambiar algunas espresiones de cortesanía con Cecilia y Enriqueta, desapareció.

—¿Luego direis que no sois mas dichosas que yo? —esclamó el pintor sonriéndose con su natural jovialidad.